RIDAA
Repositorio Institucional
Digital de Acceso Abierto de la
Universidad Nacional de Quilmes

Universidad
Nacional
de Quilmes

Buta, Julia

La sociología de la ciencia, Mario Bunge, Buenos Aires, Siglo Veinte, 1993, 125 páginas

Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons Argentina.
Atribución - No Comercial - Sin Obra Derivada 2.5
https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/2.5/ar/

Documento descargado de RIDAA-UNQ Repositorio Institucional Digital de Acceso Abierto de la Universidad Nacional de Quilmes de la Universidad Nacional de Quilmes

Cita recomendada:
Buta, J. (1995). La sociología de la ciencia, Mario Bunge, Buenos Aires, Siglo Veinte, 1993, 125 páginas. Redes: Revista de estudios sociales de la ciencia, 2(5), 189-193. Disponible en RIDAA-UNQ Repositorio Institucional Digital de Acceso Abierto de la Universidad Nacional de Quilmes http://ridaa.unq.edu.ar/handle/20.500.11807/472

Puede encontrar éste y otros documentos en: https://ridaa.unq.edu.ar

Universidad Nacional de Quilmes
Roque Sáenz Peña 352 // Bernal
Buenos Aires // Argentina
t.: (+41 11) 4365 7100
f.: (+54 11) 4365 7101
info@unq.edu.ar

La sociología de la ciencia, Mario Bunge, Buenos Aires, Siglo Veinte, 1993, 125 páginas.

Acerca de cómo un debate se empobrece

"¿Quiénes dirán la verdad: los que la buscan o los que niegan la posibilidad de encontrarla? Si no hay verdad objetiva ¿por qué los investigadores se empeñan en poner a prueba sus conjeturas? Si la verdad no es la moneda de la república de las ciencias ¿cómo se explica que su falseamiento sea equiparado a la falsificación de la moneda corriente y castigado con el ostracismo de la comunidad científica?"

De esta manera Bunge nos introduce en el problema de los discursos acerca de la ciencia, en el sentido más clásico de lo que una determinada tradición filosófica ha concebido como racionalidad. El objetivo del trabajo "Sociología de la ciencia" es la descripción del desarrollo disciplinar homónimo sucedido a lo largo de este siglo, en las escuelas nacionales norteamericana, inglesa y francesa, con las caracterizaciones respectivas. Para realizar esta tarea, el autor se retrotrae a señalar los orígenes de este nuevo campo del saber, poniendo el acento primordial mente en la filiación marxista de la disciplina, y aceptando, tácitamente, la vieja y trillada distinción entre los contextos de descubrimiento y justificación, con la tradicional división de tareas que, en este marco, a la filosofía y la sociología les compete. Desde las primeras páginas se encarga de tomar partido, lo cual es legítimo, pero cae en una sucesión de intentos de desprestigio y de caricaturización del adversario, lo cual no lo es tanto.

En su recorrido por las distintas escuelas de ¡a sociología de la ciencia, en la obra se señala como origen auténticamente científico de la disciplina la escuela de Merton, al igual que en la historiografía, la escuela de Braudel y los famosos *Annales.* "En ambos casos, el marxismo, para poder prestar alguna utilidad, tuvo que ser aguado y activado (en vez de ser recitado) -aguado, o sea, despojado de su tesis radical externalista según la cual el marco de referencia determina el contenido, y activado, es decir, transformado, de retórica en investigación." Quizás lo que Bunge no explícita es que la sociología de la ciencia mertoniana se constituyó sobre un programa a partir del cual se deslinda del trabajo emprendido por la sociología del conocimiento de

Mannheím y sus pretensiones de analizar el núcleo cognitivo mismo de la actividad científica, convirtiéndose en una normativa.

"Marx y Engels son los abuelos de la moderna sociología de la ciencia" en tanto advirtieron la fuerte impronta de lo social incluso en la formación de la conciencia, señala más adelante. Esto es tal vez el hecho más grave para Bunge: la mirada sociológica de este siglo parece hacerse cargo de tan aguda aseveración realizada en el siglo pasado, por lo que retoma la problematización del contenido social del conocimiento, particularmente de aquel que se constituyó en hegemónico en el mundo capitalista en el que vivimos. Y esto es lo que constituye lo *anticientífico* de la disciplina, porque el autor considera que se ha elevado a un discurso meramente ideológico.

Desde la década del sesenta surgieron las nuevas orientaciones en la sociología de la ciencia, que se consideran a sí mismas como posmertonianas en tanto cuestionan la adhesión al paradigma estructural-funcionalista. Lo que Bunge considera sus "dogmas centrales" son los que impiden a los sociólogos, según él, comprender los procesos específicos del conocimiento científico que lo distinguen de otras actividades practicadas por los seres humanos. Quedan por verse los dogmas centrales del positivismo -corriente de la cual Bunge es fiel representante-, que son los que le impiden a los pensadores orientados en esta dirección concebir la noción de racionalidad en un sentido más amplio, en el cual se tomen en consideración los procesos de consenso creados alrededor de la aceptación o rechazo de determinadas ideas en ciencia. No hay, a lo largo del trabajo, planteos que cuestionen y revisen críticamente el núcleo teórico de esa tradición; sólo parece que "está de moda denigrar al positivismo, y la nueva sociología de la ciencia se dedica con fruición a este deporte".

Aflora, como dimensión tácita compartida por esta escuela filosófica, el universo de la tradición clásica: el mundo ordenado responde a una jerarquía en la cual no todo vale igual, donde no todo conocimiento es relevante del mismo modo, donde hay estratos superiores considerados verdaderos, y otros inferiores que no alcanzan el estatus del saber acreditado. En tanto son los mecanismos y las formas del saber lo que conforman el objeto de las preocupaciones de Bunge, sigue reeditando las viejas estructuras que este siglo se encargó de someter a crisis, desde sus inicios, con ciertas formulaciones en ciencias "duras", y, a partir de la década del sesenta, con la incorporación del giro "interpretativo" en las ciencias sociales.

Desde el programa fuerte de la Escuela de Edimburgo, pasando por Knorr-Cetina y Cicourel, desembocando en Woolgar y Latour,

sin dejar de mencionar a Fleck y Forman, a la escuela de Frankfurt, Mulkay y Collins, nada queda en el tintero y todo se somete a una profunda desvalorización. La denostada relativización del conocimiento, la acusación de oscurantista de la visión pragmatista, el uso peyorativo de ordinarismo para referirse al constructivismo, son los recursos utilizados para depreciar sustanciosos aportes realizados en la dirección de desenmarañar la complejidad de la ciencia como objeto de estudio.

Conceptos tan iluminadores como el de *explicación por intereses, arenas transepistémicas, redes, capital social,* y otros de relevancia similar, son opacados y sobresimplificados a lo largo de un trabajo que no presenta las características de una confrontación teórica, sino más bien parece responder a una lógica partidaria.

Para una cierta concepción, la razón clásica griega, *logos,* es la que ordena el desorden inicial y va convirtiendo al mundo en una paulatina y progresiva diferenciación del universo mítico y religioso del cual se va desprendiendo. Ese orden se instaura sobre la "justicia inmanente" de la naturaleza, que descansa en la idea de la legalidad del mundo. Toda la modernidad -entendiendo a ésta no meramente como una edad histórica, sino más bien como un proceso cultural del cual, en un sentido, aún formamos parte- afianzó esta "creencia", asimilándola con tanta fuerza que la ha "encarnado" y corporizado en una de sus creaciones más magistrales y grandiosas: la ciencia.

Desde la filosofía que Bunge acepta, la ciencia es el modo de conocimiento más acabado y racional que existe. La ciencia emerge como una actividad consistente, regulada por reglas específicas, que tiene por objetivo primordial acercarse a la verdad de los hechos. Uno de los elementos que definen esta especial actividad y que nos otorga la llave de acceso al mundo tactual es el método científico. El método es el mejor camino posible para adueñarse de los secretos que posee el universo que nos rodea; el método es el que garantiza el valor supremo de la verdad objetiva de un conocimiento que se distingue de la magia y el desorden; el método es el que indica con precisión y certeza el camino a seguir para evitar los errores.

¿Pero cómo se puede preservar esta concepción cuando, en realidad, se nos ofrece un salto que va desde lo metodológico a lo ortológico? ¿Cómo justificar una postura que no es capaz de distinguirse a sí misma como una postura, sino que se erige como la única alternativa verdadera? El problema ya no se plantea en términos de internalismo y externalismo, sino de concepciones acerca de lo que por conocimiento se entiende.

Bunge parece no comprender la riqueza de concebir el conocimiento como producto de una construcción activa del sujeto. No puede -o no quiere- captar la sutileza de que un modo histórico de acercamiento a los objetos no es algo que el científico haga en soledad, sino que se realiza desde una particular situación por la cual está comprometido a realizar ciertas acciones y desechar otras, adhiriendo a perspectivas y valores considerados lícitos, en el marco de una tradición que excede lo individual y se inscribe en una referencia más abarcadora, que es la propia comunidad de pares. Aquí radica el nudo de lo "impensable" para Bunge: el problema del relativismo parece corroer los cimientos de la fortaleza científica, y esto resulta intolerable. La ambigüedad no se soporta.

"Pero, desde luego, una figura ambigua es, *por definición,* algo que puede interpretarse de dos maneras diferentes, ninguna de las cuales es más verdadera que la otra. La ambigüedad reside en la figura y en su percepción, no en el rostro y en el jarrón reales", sostiene en referencia a la típica figura del jarrón y los perfiles humanos de la Gestalt. Inmediatamente surge la pregunta: ¿existe otra realidad más allá de la que los seres humanos, científicos o legos, perciben? Desde Kant, el tiempo y el espacio constituyen parte de las capacidades del propio sujeto que percibe, dejando de pertenecer a los objetos del mundo real para trasladarse a la esfera de aquel que se ocupa de los objetos del mundo, pero ahora en calidad de fenómenos. Aquí puede marcarse el origen del desplazamiento desde lo ontológico -las cosas del mundo- hacia el modo que tenemos los seres humanos de conocer -los mecanismos cognitivos-.

La pretensión de cierta sociología de la ciencia, aquella con la cual Bunge más se ensaña, es la de considerarse una disciplina tan autorizada como la epistemología para intentar explicar cómo se produce el conocimiento de la ciencia. La división *externalismo-internalismo* da cuenta de la tradición en la cual el autor está inmerso, tradición que tiende a establecer rígidas dicotomías que funcionan como "obstáculos epistemológicos" al dificultar el acceso a los matices intermedios. Si la ciencia, más que un esquema abstracto y absoluto montado en correspondencia con las leyes de la naturaleza, es considerada una actividad, una estrategia, un estilo intelectual producido como una forma de vida por los científicos, hijos de su tiempo, de su historia y de su sociedad, se hace indispensable revisar el sistema de convenciones en el cual la comunidad de científicos ha sido disciplinada en su modo de percibir la realidad.

Nuestro autor, por supuesto, no comparte esta posición. "Para el estudioso serio de la ciencia, ésta es el referente central de sus enun-

ciados, y la sociedad, su referente periférico", dice. Sostiene que el sociólogo de la ciencia, en tanto extemalista radical, no puede establecer tal distinción, confundiendo lo central con lo periférico. Y agrega: "Esta fusión es una treta conveniente para eludir cuestiones 'técnicas', como la construcción y verificación de las teorías científicas; de este modo, el estudioso puede prescindir de los elementos básicos de la investigación y dedicarse a sus instrumentos, aspectos exteriores y contingencias diversas." Curiosa manera de referirse a una formulación que intenta rescatar la ausencia de necesidad en la labor científica presentándola como un hecho contingente, como un producto histórico más que como tal debe ser estudiado. La perspectiva sufre una torsión: lo central no es destacar el concepto de investigación *hacia* la verdad, sino establecer *desde* dónde investiga el científico, a partir de qué conjunto de intereses guía su acción futura. Y nada de esto es retomado por Bunge.

Las distintas corrientes en sociología de la ciencia merecen un estudio profundo, analítico y crítico. Hay muchas preguntas que deben ser formuladas y elucidadas. ¿En qué medida ciertos estudios pueden relacionarse con los problemas que la sociología se ha planteado? ¿Sólo se puede considerar a la ciencia en sus procesos de normalidad, o tal vez se necesiten otras formulaciones para dar cuenta de las innovaciones extraordinarias? ¿Qué supuestos filosóficos y epistémicos subyacen en las investigaciones de la denominada nueva sociología de la ciencia? ¿La ciencia es neutral o existen en su seno mecanismos de dependencia y juegos de poder? Tal vez aquí podamos señalar algunos flancos débiles de esta disciplina; es una pena que Bunge no pueda plantear en estos términos el debate. Hubiera sido más enriquecedor.

Julia Buta

Missionaries of Science: The Rockefeller Foundation and Latin America, Marcos Cueto (ed.), Indiana University Press, 1994, Bloomington and Indianapolis, 171 páginas.

Entre los múltiples interrogantes que el campo aún en gran medida inexplorado de la historia del desarrollo de la ciencia en América Latina le presenta al historiador, uno de aquellos que suele ofrecer las menores perspectivas de una respuesta adecuadamente documentada es el que hace a las modalidades de financiación utilizadas por las instituciones y programas de investigación que conforman el campo científico local. En el caso de la financiación a la ciencia y la tecnología hecha por los estados nacionales, las dificultades de arribar a conclusiones empíricamente fundadas han derivado de prácticas de contabilidad presupuestarias cuyo alambicamiento expositivo y conceptual no pocas veces ha sobrepasado las fronteras de la ficción, y, asimismo, en más de una ocasión han sido consecuencia de la inexistencia lisa y llana de cualquier documentación en la cual pudiera apoyarse el investigador. El caso de la financiación de origen externo ha presentado, en cambio, obstáculos para su estudio de índole diversa: por un lado, por su original proveniencia de países distantes de la mayoría de los estados de América Latina -Estados Unidos o Europa-, los archivos que conservan los residuos documentales de aquellas intervenciones han sido de difícil acceso a los investigadores latinoamericanos, y por otra parte -y más grave aún-, la existencia de aquellas fuentes ha permanecido muchas veces enteramente desconocida, o cuando sí se ha tenido algún conocimiento de ellas, no se ha sospechado la relevancia que pudieran tener los documentos allí depositados para el estudio de los procesos históricos específicamente nacionales. Con relación a esta segunda temática, la recopilación de ensayos monográficos efectuada por el historiador peruano Marcos Cueto, en el libro *Missionaries of Science. The Rockefeller Foundation and Latin America,* viene a cumplir una tarea de gran utilidad para aquellos que investigan temas relacionados con la historia de la ciencia en América Latina, en tanto presenta, por un lado, un importante relevamiento de los materiales contenidos en los archivos de la Fundación Rockefeller, y en tanto demuestra, por el otro, la importancia de los mismos para una mejor comprensión de los procesos por los cuales se institucionalizó la investigación científica moderna en los países de la región durante este siglo.

Encuadrado en la tradición historiográfica norteamericana de los "Philanthropy Studies", esta colección de ensayos aborda el papel jugado por la Fundación Rockefeller en el desarrollo de la ciencia y de las políticas de salud en América Latina, desde una perspectiva que le presta una particular atención a los aspectos culturales e ideológico-políticos que determinaron las características específicas de aquella empresa. Si bien el objeto específico de análisis de estos trabajos es el de las modalidades adoptadas por la Fundación para apoyar -financieramente o con personal especializado— las actividades relacionadas con la ciencia o con la salud pública en América Latina, apareciendo examinados con detenimiento los mecanismos por los cuales se seleccionaban los proyectos a financiar y las formas específicas que aquella financiación hubo de revestir de acuerdo con los cambiantes contextos políticos y culturales ofrecidos por cada nación, el abordaje efectuado no se detiene allí, sino que incorpora a su campo de interpretación cuestiones de más vasto alcance, centradas sobre todo en los aspectos culturales y de relaciones de poder implicados en esas intervenciones. La novedad de este libro radica, al decir de su compilador, en la intención explícita de sus autores de poner en comunicación dos esferas que generalmente han sido estudiadas por separado: la historia de la fundación y de sus políticas y la historia de las instituciones beneficiadas por la filantropía de la empresa norteamericana. En la "Introducción" al volumen, Cueto critica los estudios históricos de la filantropía norteamericana por haber "prestado poca atención a los actores históricos locales, al rol jugado por los directivos regionales de la fundación en la adaptación de sus programas, y a cuestiones generales de acomodación y negociación de las cambiantes políticas de las fundaciones norteamericanas en el Tercer Mundo", y considera que, por el contrario, los trabajos ahora recopilados "le prestan mayor atención a los desarrollos del lado de los beneficiarios, i.e., las instituciones y personas que constituyeron el objeto de los programas filantrópicos".[1]

Este propósito de centrar las investigaciones en una problemática que podría llamarse -en ausencia de una terminología más especifica- de "encuentro entre culturas diversas", ha presidido la totalidad de los trabajos aquí reunidos, otorgándole al libro cierta unidad, a pesar de la variedad de enfoques y temáticas allí analizados. La "Introducción" y el primer capítulo, "Visions of Science and Development: the Rockefeller

[1] En ambos casos, mi traducción [J. M.].

Foundation Latin American Surveys of the 1920s", ambos de Marcos Cueto, ofrecen aquello que más se asemeja en este volumen a una mirada de conjunto sobre las actividades de la fundación en América Latina, incorporando informaciones acerca de la presencia de la fundación en todo el continente y en todas las áreas o disciplinas. Los demás trabajos se definen por su universo de investigación más acotado, circunscripto al análisis de un solo campo disciplinar, de un solo país, o ambos. En cuanto a la representación de los distintos países de América Latina en este conjunto de estudios, puede decirse que en líneas generales dos son los estudiados en este libra -México y el Brasil-, con algunas referencias comparativas a los casos de la Argentina y el Perú. Tres capítulos están dedicados enteramente al estudio de las actividades de la Fundación Rockefeller en México,[2] y dos al estudio del caso brasileño,[3] y además, en el tercer capítulo redactado por Marcos Cueto,[4] centrado en el desarrollo de la fisiología en toda América Latina, se le dedican secciones importantes también a esos dos países. En cuanto a los campos disciplinares abordados, dos capítulos estudian el aporte de la fundación a las políticas de salud pública, dos analizan sus proyectos de modernización de la agricultura y dos exploran temas más propiamente científicos, el ya citado capítulo de Cueto sobre la fisiología, y un capítulo del historiador de la ciencia Thomas Glick sobre el desarrollo de los estudios de genética en el Brasil.

Tres cuestiones de central importancia para el estudio de la historia de la ciencia y de la cultura en América Latina durante este siglo aparecen reiteradas a lo largo de estos ensayos, constituyéndose, por así decirlo, en un hilo conductor entre todos ellos: 1) el papel jugado por el conflicto entre interpretaciones encontradas de la ciencia y del mundo, cada una producto de contextos culturales diversos en sus

[2] El capítulo 3, de Armando Solórzano, 'The Rockefeller Foundation in Revolutionary México: Yetlow Fever in Yucatán and Veracruz", el 4, de Deborah Fitzgerald, "Exporting American Agriculture: The Rockefeller Foundation in México, 1943-1955", y el 5, de Joseph Cotter, "The Rockefeller Foundation's Mexican Agricultural Project: A Cross-Cultural Encounter, 1943-1949".

[3] El segundo capítulo, de Steven C. Williams, "Nationalism and Public Health: The Convergence of Rockefeller Foundation Technique and Brazilian Federal Authority during the Time of Yellow Fever, 1925-1930", y el séptimo, de Thomas F. Glick, "The Rockefeller Foundation and the Emergence of Genetics in Brazil, 1943-1960".

[4] "The Rockefeller Foundation's Medical Policy and Scientific Research in Latin America: The Case of Phisiology".

contenidos y en sus sistemas de valoración; 2) la relación entre los logros socialmente contabilizables de la ciencia y la legitimidad nacionales; y 3) el problema de cuáles deberían ser los patrones por los que medir el éxito de los programas de investigación y de reforma cultural auspiciados por la fundación.

Respecto de la primera cuestión, los dos ensayos sobre el proyecto de la Fundación Rockefeller de modernizar la agricultura mexicana en los años cuarenta -el "Mexican Agricultural Project"- ilustran muy bien la naturaleza de la problemática estudiada. En el ensayo de Deborah Fitzgerald, la premisa central es que las líneas directrices del proyecto se articularon sobre la figura ideal de una agricultura moderna que no podía ser otra que aquella interiorizada por los directivos y funcionarios de la fundación a través de su experiencia estadounidense, y que, en consecuencia, los programas concretos implementados en México sólo pudieron ser exitosos allí donde las condiciones existentes parecieron replicar en gran medida a las de los Estados Unidos. Fitzgerald postula en consecuencia la hipótesis siguiente: que los programas de modernización de la producción de maíz fracasaron en gran medida porque los productores mexicanos -como grupo social realmente existente- manifestaban un conjunto de atributos socio-culturales que los distanciaban en demasía del modelo originario del "farmer" estadounidense -tales como la ausencia de un interés espontáneo en la incorporación de técnicas modernas o la ausencia de una base económica adecuada para afrontar los gastos de un proceso modernizador-, mientras que aquellos dirigidos a la modernización de la producción de trigo fueron exitosos precisamente por su expresión en un grupo social con las características apropiadas. La conclusión explícita de Fitzgerald es que el enraizamiento en una experiencia enteramente estadounidense de los procesos de modernización de la agricultura, y la posesión concomitante de un sistema categoría! y de representaciones imaginarias del agro "moderno" igualmente circunscripto a esa experiencia cultural intransferible (es decir, apelando a otro lenguaje teórico, su "utillaje" mental), impidieron a los responsables del programa de la fundación cualquier acceso a una comprensión más profunda y matizada de las condiciones sociales, culturales y económicas de México, y provocaron por ende un desenlace insatisfactorio para el Proyecto. El trabajo de Cotter, por su parte, acepta la premisa de Fitzgerald acerca de la existencia de un tamiz cultural estaounidense por el cual únicamente podían filtrarse las experiencias mexicanas de los responsables del proyecto: sugiere, por ejemplo, que una fuente significativa de conflicto entre la fun-

dación y sus becarios mexicanos fue la incomprensión por parte de los estadounidenses de la organización clientelar de la sociedad mexicana. Pero discrepa con su interpretación respecto del papel de los sujetos sociales interpelados por la fundación, argumentando que antes que ser una simple arcilla sobre la que se imprimía -con o sin éxito- el molde prefigurado de una experiencia estadounidense, los productores agrícolas mexicanos se constituyeron en protagonistas activos de aquellos procesos de transferencia cultural.

La discusión de la segunda problemática central abordada por este libro, aquella de la utilización por parte de los estados nacionales de los logros reales o supuestos de las intervenciones de la Fundación Rockefeller para consolidar su legitimidad, aparece muy bien ejemplificada en el capítulo de Armando Solórzano. Allí se examina el desarrollo en México de aquello que constituyó el aspecto central de la primera fase de la expansión internacional de las actividades de la fundación -el combate a la fiebre amarilla con el propósito de lograr su total extirpación-, centrando su análisis en dos regiones mexicanas muy divergentes entre sí, Veracruz y Yucatán durante las décadas de 1910 y 1920, es decir, durante la Revolución Mexicana. Junto con su hipótesis acerca de la importancia que se le debería otorgar no sólo a la diferencia en el desarrollo de las operaciones de la Rockefeller provocada por distintos contextos nacionales, sino también a las diferencias regionales en el interior de cada nación, el autor coloca en el centro de su análisis la cuestión de las formas por las cuales el programa anti-fiebre amarilla de la fundación pudo ser utilizado por el nuevo estado revolucionario para consolidar su poder en dos zonas que inicialmente le eran adversas. Su argumento es el siguiente: que en el contexto de un estado mexicano sin recursos financieros ni humanos para afrontar las tareas básicas de mantenimiento del bienestar respecto de su propia publicidad, el estado mexicano pudo atribuirse a sí mismo la autoría de logros realmente alcanzados por la Rockefeller y su personal: la puesta en marcha por la filantropía estadounidense de un programa de salud pública con resultados inmediatamente tangibles le habría servido al gobierno de Alvaro Obregón para consolidar la legitimidad de su régimen a nivel nacional, cimentar su poder real a nivel provincial y legitimar los contenidos ideológicos de la Revolución en función de sus efectos concretos en las vidas de las personas consideradas sus inmediatas beneficiarias. Esta confluencia entre los intereses filantrópicos de la fundación -que como todos los autores se apresuran a señalar no eran enteramente "desinteresados" desde el punto de vista de las necesidades estratégicas del capitalis-

mo internacional estadounidense- y las necesidades ideológico-políticas de los estados nacionales, aparece enfatizada también en los restantes trabajos, en particular en los que estudian las intervenciones en salud pública o en modernización de la filantropía.[5]

La tercera problemática común a estos trabajos, que se relaciona en forma directa con las otras dos, podría considerarse el *leitmotiv* del libro en su conjunto: ¿con qué criterio es legítimo medir los resultados de las distintas intervenciones de la Fundación Rockefeller, y cómo saber si las mismas terminaron en el éxito o en el fracaso? Este interrogante aparece explorado en los distintos ensayos desde perspectivas levemente diferenciadas. Por un lado, se tematiza en varios de ellos la cuestión del choque cultural entre las preconcepciones estadounidenses y las de los países beneficiarios de la filantropía, mostrándose en los trabajos hasta qué punto aquello que desde la óptica estadounidense podía constituir un "éxito" no necesariamente lo habría sido desde la perspectiva de la cultura científica o médica mexicana o brasileña, y viceversa. En el estudio de Cueto sobre el apoyo otorgado a la investigación en fisiología, así como en los estudios sobre agricultura mexicana o sobre las campañas contra la fiebre amarilla, emerge una y otra vez la discrepancia implícita entre los sistemas de valoración de los efectivos norteamericanos de la Rockefeller, y los científicos y funcionarios locales. Mientras que para un enviado de la fundación, por ejemplo, la enseñanza de la medicina argentina era ineficaz en la década del diez debido al tamaño excesivo del cuerpo estudiantil, para argentinos como Houssay -de acuerdo con la interpretación sugerida por Cueto-, dada la ausencia de otros mecanismos más institucionalizados, el elevado número de alumnos servía como un excelente sistema para reclutar a nuevos investigadores. En forma similar, Fitzgerald se pregunta si el "éxito" adjudicado por los defensores de la "Revolución Verde" a la intervención agrícola de la Rockefeller en México, juzgado tal en función de indicadores macroeconómicos -que a su vez habían sido elaborados desde el interior de la experiencia económica norteamericana-, seguiría siendo percibido de esa manera si se adoptara en cambio la perspectiva del pequeño agricultor mexicano -cuya producción se orientaba hacia una agricultura de subsistencia-. Es decir:

[5] En especial, el capítulo 3, de Steven C. Williams, sobre las campañas contra la fiebre amarilla dirigidas por la fundación en el norte del Brasil en la década del veinte.

¿hasta qué punto los programas de modernización técnica y tecnológica de la agricultura mexicana promovidos por la fundación sirvieron para solucionar los problemas del campesinado más pobre, que en aquella época (la década del cuarenta) seguía representando al sector mayoritario de la población mexicana?

Por otro lado, junto con la consideración del conflicto entre distintos sistemas de valoración originado por la disparidad de culturas a que pertenecían los protagonistas involucrados en esos procesos de transferencia de conocimientos, en diversas ocasiones los autores abordan tanto la cuestión de hasta qué punto se adecuaban los conocimientos científicos empleados por los responsables de la filantropía a las situaciones nuevas en donde debían ser empleados, cuanto aquélla -profundamente ligada a la primera- de la forma en que los cambios introducidos en el propio conocimiento científico podían (o no) invalidar las estrategias perseguidas. Aparece como ilustración emblemática del primer aspecto el relato de Williams acerca de la insensibilidad mostrada por los representantes de la fundación en el Brasil ante las diferencias reales que implicaba para un programa de erradicación de larvas la ausencia de sistemas de agua corriente en las poblaciones afectadas, con respecto a poblaciones que sí los poseían: echar aceite o pescaditos vivos en los tanques de agua potable de las poblaciones beneficiarias de la filantropía norteamericana seguramente no era la forma más eficaz de hacer amigos. Y en cuanto al segundo aspecto, si bien no aparece desarrollado con demasiado detenimiento en ninguno de los trabajos, hay en ellos constantes referencias a las implicaciones de la decisión de apoyar las prácticas de la fundación en teorías médicas cuestionables o en vías de ser sustituidas, como habrían sido los casos de la creencia de que la fiebre amarilla manifestaba una incidencia prácticamente insignificante en las zonas rurales, o, igualmente, la reticencia de los responsables de la fundación ante las nuevas evidencias presentadas por médicos brasileños acerca de la existencia de otras variedades de fiebre amarilla -como aquella de la selva- y de otras formas de transmisión que las ya registradas.

Todas estas discusiones hacen de éste un libro de gran utilidad para quienes investigan la historia de la ciencia y de la medicina en América Latina, así como para aquellos que estudian las relaciones entre los Estados Unidos y América Latina, tanto desde una óptica cultural, como desde otra centrada en los problemas -cada día menos á *la page*- del imperialismo. Todos los trabajos manifiestan, además, un conocimiento profundo de su tema específico, y una capacidad expositiva no siempre presente en ensayos de esta índole.

Sin embargo, su lectura suscita ciertos reparos e interrogantes, algunos de relativamente poca importancia, otros centrales a la propia empresa intelectual encarnada en este libro. Un reparo relativamente menor es que aparecen en varios de los ensayos aquí reunidos ciertas imprecisiones terminológicas que afectan el sentido de su argumentación. En el trabajo -por otra parte excelente- de Solórzano, así como en el de Williams, se declara, por ejemplo, en forma sistemática que las intervenciones médicas de la Rockefelier contribuyeron a cimentar la legitimidad de los nuevos estados. Si bien en el caso del estado mexicano no es enteramente inverosímil considerar que aquello que estaba en vías de consolidación no era simplemente un régimen político, sino el propio estado nacional -hipótesis que con distinta intensidad, y amparada en argumentos diversos, ha podido ser sostenida en obras recientes tanto por Alan Knight cuanto por Francois-Xavier Guerra-, los contenidos del propio trabajo de Solórzano (y esto es aún más contundente en el de Williams respecto del Brasil de los veinte) hacen referencia a la legitimación de un *régimen* político, el del gobierno de Obregón, y no principalmente a la de un *estado.* Una imprecisión similar se observa en Cueto cuando asevera en más de una ocasión que las actividades de la Fundación Rockefelier "ayudaron a estabilizar el comercio mundial", sin ofrecer ningún argumento por el cual justificar esta afirmación peligrosamente cercana a la hipérbole: hubiera sido conveniente demostrar por qué vías, utilizando qué mecanismos concretos, una fundación dedicada a la filantropía médica y cultural pudo constituirse en elemento estabilizador del *comercio mundial.*

Una objeción igualmente seria, aunque no afecta los argumentos centrales de su trabajo, puede hacerse a la imprecisión que aparece en la reconstrucción hecha por Cueto del contexto político y social de tres de los países que analiza en su capítulo sobre fisiología: la Argentina, el Brasil y México. Para un lector que no fuera argentino, por ejemplo, la cambiante relación sostenida por Houssay con los directivos de la Rockefelier no se entendería demasiado, ya que la periodización de la etapa peronista que allí se ofrece es por un lado extremadamente imprecisa, y, por el otro, los documentos citados parecerían estar siendo invocados como evidencia acerca de un período políticamente indiferenciado -el del período 1943 a 1960, cuando en realidad el sentido de los mismos está muy fuertemente vinculado con la presencia o no en el poder del partido peronista-.

Finalmente, puede realizarse una crítica más de fondo a esta colección de ensayos. En tanto la perspectiva reivindicada como central por todos ellos es la de un análisis del "encuentro entre culturas distintas",

es muy llamativo que la mayoría no incorpore a ese análisis ningún elemento cultural que exceda los parámetros relativamente circunscriptos de la disciplina o práctica profesional estudiada. En los trabajos sobre el Proyecto de Agricultura Mexicana, la ausencia casi completa de cualquier alusión al clima de *ideas* generado por la Revolución Mexicana -donde las referencias a la vida agraria y a la producción agrícola habían adquirido una carga simbólica (y fuertemente conceptualizada) difícil de eludir en cualquier examen, por más somero que fuere, de la documentación de la época-, atenta contra la propia capacidad explicativa de los mismos. En forma semejante, el trabajo de Williams alude reiteradamente a la existencia de una "cultura médica" regional o nacional, como factor explicativo de las dificultades con que debió topar la filantropía de los Rockefeller, pero allí no aparece una reconstrucción sistemática de los contenidos específicos de esas "culturas médicas" salvo referencias muy generales a una tradición francesa o a rasgos tradicionalistas o conservadores (con la excepción de su breve discusión de la figura y legado de Osvaldo Cruz). Y del ensayo de Glick se puede hacer la misma observación, aunque a la inversa: si bien su estudio de los comienzos de las investigaciones genéticas en el Brasil es enteramente eficaz tanto en la selección de los problemas centrales, cuanto en la organización de sus materiales, permanece en el lector la fuerte sospecha de que ese capítulo se habría visto enriquecido por una discusión más amplia del clima de ideas científicas de la época, aspecto que aparece meramente aludido en sus referencias pasajeras a la eugenesia y al darwinismo social brasileños. En síntesis, la mayor objeción que puede hacerse a estos trabajos se origina en su propio enfoque: en tanto consideran que el conflicto entre experiencias culturales divergentes (o entre cosmovisiones antagónicas y aun antitéticas) es un hecho de central importancia para la explicación de los procesos por cuya agencia se consolidó la ciencia tal como hoy se practica en América Latina -opinión con la que concuerdo enteramente-, parecería imponerse como una exigencia ineludible un análisis centrado en los fenómenos específicamente culturales y que utilizara para ello instrumentos conceptuales desarrollados específicamente para esa tarea. La ausencia de esa referencia a la historia cultural o de las ideas en su acepción más amplia no invalida por cierto el aporte altamente significativo de esta colección, pero sí priva de una demostración eficaz de aquella hipótesis que constituía justamente el soporte central de la interpretación histórica aquí avanzada, y su aspecto más estimulantemente novedoso.

Jorge Myers

La Academia va al Mercado. Relaciones de científicos académicos con clientes externos, Hebe M. C. Vessuri (comp.), Caracas, Venezuela, Fondo Editorial FINTEC, 1995, 378 páginas.

Hebe Vessuri ha compilado en este libro el resultado de un proyecto de investigación llevado a cabo entre 1990 y 1992, financiado por el coNicyT de Venezuela y la Fapes del Brasil. En él se describe la vinculación entre el sector público de investigación y empresas públicas y privadas en ambos países. La aproximación a los doce casos descriptos fue hecha desde un enfoque sociológico con un énfasis en las motivaciones, actitudes y elecciones de investigadores inmersos en contextos institucionales diferentes.

En su introducción al estudio de casos Hebe Vessuri nos ubica en una universidad en transición con una ciencia también en transición. Entre finales de los setenta y la década de los ochenta comienza a evidenciarse la demanda de los gobiernos de que el apoyo público a la investigación académica contribuyera al desarrollo económico. Durante este período se da el fenómeno de la emergencia de nuevas disciplinas científicas con un sello distintivo: nacen con tecnologías asociadas. En este marco, la vinculación de los mundos académico y empresario cobra un estatus mucho más importante en la vida universitaria.

La compiladora prefiere hablar de investigación en lugar de ciencia cuando se refiere a la nueva alianza entre el científico y el tecnólogo. Esta alianza es mucho más estrecha de lo que sugiere la noción usual de que la tecnología es nada más que ciencia aplicada.

En el desarrollo de la ciencia, Vessuri describe las llamadas fases "frías" y fases "calientes". La interacción esporádica entre el sector productor de ciencia y la demanda caracteriza a las primeras, mientras que en las fases "calientes" se observa una intensa vinculación. Estas fases "calientes" en las cuales predominan las innovaciones son transitorias y no siempre predecibles. Con estas características, la experiencia latinoamericana de vinculación parecería haber desilusionado a muchos investigadores en cuanto al apoyo empresarial. Sin embargo, estos períodos "calientes" han dejado profundas huellas en la vida universitaria y su efecto ha sido duradero tanto en la orientación de la agenda de investigación como en la creación de nuevos campos profesionales "menos dominados por los valores universalistas de la ciencia académica y [...] más dependientes de consideracio-

nes de su utilidad para clientes particulares y para la solución de problemas de diseño e innovación".

El marco institucional en el que se desenvuelven los científicos excede el marco local. En buena parte de los estudios descriptos los investigadores aparecen integrados en una comunidad internacional de ciencia. Las instituciones científicas locales, por su parte, ofrecen un contexto favorable para desarrollar su actividad específica siguiendo las pautas comunes de los países avanzados. Así, la promoción de la investigación básica debía estar no sólo libre de restricciones económicas sino también de orientación para que el investigador escogiera su agenda de trabajo. Los mecanismos de evaluación están de acuerdo con este modelo: la tasa de publicaciones en revistas científicas orientadas a la comunidad científica internacional es considerada no solamente como indicador de la actividad individual del investigador, sino también del grado de institucionalización de la ciencia en universidades y hasta en países. Hebe Vessuri relativiza la validez de estos indicadores para evaluar la capacidad productiva real:"[...] la productividad científica de nuestros países acaba siendo muy baja por esos estándares, fallando así tanto con relación al ámbito internacional como en lo que en una orientación alternativa podría significar de positiva su conexión con la producción nacional".

En este marco de análisis el estudio plantea una serie de preguntas: "¿Qué es lo que lleva a esta personas a salir de la 'torre de marfil' académica? ¿Cómo se traducen las actitudes, intereses y percepciones de los científicos 'empresarios' con él día a día de estos individuos o grupos? ¿Cuál es el rol de las instancias administrativas de la universidad o de la burocracia pública o en qué medida se constituyen en facilitadores u obstáculos de la interacción? ¿En qué medida el contexto institucional inmediato favorece o dificulta los nexos externos?". Estas preguntas son contestadas en estos estudios analizando a la universidad como la mezcla de dos culturas: la internacional (científica) y la local (o socio-institucional).

Con respecto a la estrategia de los investigadores o las motivaciones que los llevan a la actividad de vinculación, el resultado de estos estudios indica que la interacción entre el investigador del medio académico y el cliente del sector productivo va más allá del mero rédito económico. Tal es el caso de investigadores que aprovechan la oportunidad de cambiar la estructura cognitiva de su campo en relación con las demandas de grupos externos. Es el caso de las estrategias de los ingenieros y físicos de la UNICAMP del Brasil, que legitiman un espacio para la física experimental aplicada en un medio en el que

predominaba la física teórica y la física nuclear. O la oportunidad de un grupo del ITAL de la misma universidad y la Fundación Tropical en Venezuela, que trabajaron para crear la carrera de Tecnología e Ingeniería de Alimentos compitiendo con una visión parcial del problema por parte de ingenieros mecánicos, nutricionistas, agrónomos y otros profesionales. En el caso de la investigación en la tecnología de fibra óptica en el Brasil, por ejemplo, el grupo de investigadores aprovechó la convocatoria a sumarse a un proyecto tecnológico para afianzarse y crecer en un ámbito académico más receptivo. En cambio, en el proyecto de instalación de una planta de hemoderivados en Venezuela, la formalización en lo técnico-económico de métodos de amplia difusión en el campo científico pareció ser la motivación principal para que los científicos expertos se vincularan con el sector productivo.

Otro aspecto considerado es el origen de la idea de investigación y cómo esto influye en los resultados del proceso de vinculación. Los proyectos concebidos por investigadores académicos pensando en problemas de la producción pueden crear un nuevo conocimiento acerca de los procesos industriales. Los autores destacan que, aunque generados en el ámbito académico, éstos no se habrían producido en ausencia de la demanda. Se describe también que las ideas de investigadores académicos que fracasan en su aplicación industrial lo hacen por ser demasiado ambiciosas o demasiado novedosas o simplemente por estar fuera de fase con las percepciones que la industria tiene de las necesidades y prioridades. Asimismo, se señala que según la experiencia histórica de ios países desarrollados, las pequeñas y medianas empresas no han sido socios importantes de los académicos. Cuando consiguen sobrevivir a los problemas financieros de corto plazo, se observa que sus problemas técnicos son usualmente simples y limitados y no se prestan fácilmente a los enfoques sofisticados que interesan al investigador medio. A su vez, la idea se desdibuja a lo largo del proceso de desarrollo, dando, en el mejor de los casos, soluciones a problemas no planteados originalmente. Así, no siempre es fácil rastrear el origen de la idea primigenia que origina a su vez el convenio de vinculación. De varios de estos estudios se concluye sin embargo que el nivel de interacción previa de los investigadores académicos con firmas clientes es más importante que el *locus* de origen de la idea de investigación.

En cuanto a la vinculación inicial entre el sector productivo y el académico se rescata en varios de los estudios presentados la importancia de los contactos informales y entre ellos el sistema de pasantías de estudiantes en el sector productivo como elemento de vinculación.

Se describe en algunos casos cómo los factores tiempo, costo y beneficio cuentan de manera diferente en el medio académico y en el empresario, aunque en los dos casos se haya dado un desplazamiento hacia el cortoplacismo. Se destaca en estos análisis la falta de perspectiva de largo plazo respecto de las necesidades sociales y de las posibilidades tecnológicas que presentan las firmas y grupos de interés que participan en el juego de la competitividad económica. Con respecto a los proyectos iniciados, a veces se generan agendas de largo plazo de los investigadores académicos, en una línea que no necesariamente entusiasma llevar adelante al cliente porque en el ínterin sus intereses se han modificado. Este es el caso del convenio de la Unicamp con la Telebras del Brasil presentado por S. de Negraes Brisolla y L. A. Guedes Pinto.

En cuanto a la mayor o menor predisposición a la vinculación por parte de determinadas disciplinas, el estudio ha permitido llegar a conclusiones acerca de conductas muy diferenciadas. Es interesante el trabajo de G. Perre, en el cual se comparan las trayectorias de dos departamentos pertenecientes al mismo campus de la Universidad de San Carlos, el de física y el de ingeniería eléctrica. Estos dos departamentos, con características comunes, tales como una agenda de investigación similar en algunas áreas temáticas, presentan, sin embargo, diferencias significativas en las respectivas vinculaciones con el sector productivo. La mayor consolidación de la física a nivel institucional, el alto nivel de tesis doctorales entre los físicos, la baja rotación de los miembros de los departamentos de investigación y un alto liderazgo personal en el departamento en cuestión parecerían haber sido elementos decisivos a la hora de consolidar su vinculación con el sector productivo. Es interesante notar que los parámetros de desempeño clásicos fueron decisivos a la hora de evaluar la calidad del grupo de investigación por el sector empresario.

El abordaje interdisciplinario de un problema productivo es considerado en varios de los estudios. Hebe Vessuri nos comenta: "[...] en las comunidades multidisciplinarias de tareas la lógica disciplinaria de las 'comunidades científicas' tradicionales se rompe y se adapta para la búsqueda de soluciones para los complejos problemas sociales escogidos. La clásica 'comunidad científica' o de 'investigación académica', es un tipo de generador de problemas que produce constantemente nuevos rompecabezas intelectuales desde su seno. La 'comunidad de tareas' salta sobre estos rompecabezas disciplinarios y se ubica muchas veces delante del frente teórico. La solución, en lo que a esa comunidad respecta, no es de los problemas científicos implícitos en la

tarea sino de los problemas sociales [...]". Un enfoque de este tipo "encaja fácilmente en las dinámicas de los medios académicos" y, aunque puede constituir un fuerte incentivo a la innovación, el nivel de acuerdo necesario entre los actores requiere de una visión no comprometida con ninguna de las partes. Esto se ilustra en el estudio de J. M. Cruces, que relata la investigación de un problema complicado como era el llamado síndrome parapléjico del ganado vacuno en los llanos venezolanos. Los actores construyeron una visión multidisciplinaria e integral del problema y lograron aglutinarse bajo la tutela de la empresa petrolera PDVSA, que aportó su capacidad de gerenciamiento en distintos campos. Esta filosofía de una gerencia eficiente de la investigación es retomada en el estudio de Y. Freites sobre la construcción de la planta de hemoderivados en Venezuela. Se describe allí la necesidad de acompañar la evolución de un proceso innovativo con un cambio en el tipo de dirección. Si bien el científico entrenado en la formulación de un marco de análisis fue un efectivo coordinador en las etapas tempranas, conforme se evolucionó a la formulación de proyecto de planta y estudio de mercado la responsabilidad debió pasar a un "gerente profesional" (ajeno a la disciplina) para asegurar el éxito del mismo.

En cuanto a la configuración y a la elaboración de estrategias de las instituciones académicas, estos estudios nos permiten algunas inferencias sobre el nivel organizacional. En este sentido, la experiencia de la Unicamp en el Brasil es tomada como un *locus* privilegiado para la investigación tecnológica, tanto en ese país como en América Latina. Como contraste, se analiza el caso de la Universidad Central de Venezuela. Allí las competencias por cuotas de poder caracterizan a una cultura académica que es vista como contradictoria con la cultura de la empresa. En todas las instituciones, las colaboraciones entre investigadores académicos y clientes del sector productivo enfrentan diferentes grados de resistencia institucional, según las ideologías e intereses de los grupos del entorno. En este sentido, en el estudio sobre vinculación en la Escuela de Computación de la Universidad Central de Venezuela, se cita la importancia del liderazgo del investigador en un medio académico conservador y hostil a su iniciativa de abrirse al sector productivo y a su intento de establecer nuevos patrones de investigación en el medio.

La comunidad universitaria desconoce en general la naturaleza del trabajo que se realiza en los centros que hacen vinculación. El resguardo del secreto industrial y la propiedad intelectual no son comprendidos por muchos investigadores, y a menudo se los asocia con

limitaciones al crecimiento del conocimiento. El talón de Aquiles de los centros que hacen vinculación está justamente en la fase de resguardo de los beneficios, tanto para sí mismos como para el socio empresario. "Se logra aglutinar una buena capacidad de investigación, pero la instancia gerencial y negociadora evidentemente ajena a la cultura académica no está a la altura de las necesidades, ni hacia adentro, ni hacia afuera de la universidad." Es en estas situaciones donde se hace crítico el papel impulsor de las autoridades y que se ilustra en el estudio de Alexis Mercado sobre la compra por parte de la Universidad de Campins de una planta de productos químicos de la Monsanto.

Vessuri concluye: "El problema de la resistencia que ofrece la cultura del ethos académico se ha planteado como una tensión entre la manera como la ciencia o el conocimiento es usada en nuestras sociedades y la manera que se supone que es generada. La tensión surgía porque no estaba claro si el conocimiento generado era usado adecuadamente o si, en caso de que se lo generara adecuadamente, sería usable. Hoy en día ese problema ha sido superado por otro que obliga a replantear la cuestión: se trata de la posibilidad (o del temor según se mire) de que la ciencia sea manipulada por quienes asignan recursos para la investigación (y la formación del futuro profesional y técnico) para sus propios fines. Esta ciencia en profunda transición lo está en instituciones e individuos también en transición que la albergan. En las nuevas reglas de juego social y nuevos actores sociales se deben articular para recuperar para la sociedad moderna la posibilidad de que sea en algún sentido una sociedad académica orgánica más que simplemente 'un ambiente burocrático compartido'."

Jorge G. Tezón

Entre musas y musarañas. Una visita al museo, Marta Dujovne, Buenos Aires, FCE, 1995, 203 páginas.

Según es de rigor en estos casos y máxime si la obra se lo merece, comenzaremos por el elogio de lo escrito. Se trata de un libro interesante, reflexivo y apasionado, lleno de ideas y de vitalidad en cuanto al discurso y a los problemas que instala, caliente a la par que sereno en la crítica, apoyado en proyectos (el bello Museo de la Ciencia y de la Técnica para niños en Buenos Aires) y en realizaciones concretas de la autora (su labor reconocida en el Museo Etnográfico). Es un trabajo fundamentalmente de una persona -Marta Dujovne-, pero que no oculta cuánto debe también a las colaboraciones y a los diálogos con museólogos (Cristina Payá y Francisco Reyes Palma) o con un artista tan inteligente y creativo como Antonio Martorell, puertorriqueño por adopción. Estamos en presencia de un producto, que enriquece el largo debate sobre el sentido nuevo y la reforma de nuestros museos, es decir, sobre un aspecto nuclear de la política cultural de la República. Demasiado largo este debate, por cierto, quizás porque el interlocutor principal es el que suele fallar o ausentarse, y nos referimos al estado argentino, a la administración representativa y democrática de la cosa pública y del bien común, en riesgo serio de extinción. Pero el libro de Marta Dujovne nos proporciona, de cualquier manera, las mejores herramientas para el pensamiento y para una acción posible y eficaz en el plano del uso enaltecedor del patrimonio cultural, cuando nos decidamos o podamos reconstruir el estado sin el cual hasta ahora no se ha sabido que exista ninguna forma de civilización.

Musas y musarañas despliega varias ideas importantes sobre las cuales vale la pena detenerse:

. 1. El museo es un precipitado del carácter visual de nuestra civilización y una forma en la que se manifiesta el mundo ambiguo de los objetos. Decimos "ambiguo" porque los objetos son hijos de nuestra productividad o de nuestra capacidad de significación (cuando se trata de entes en principio naturales, como las piedras, las plantas o los animales, antes de ser clasificados y llevados a las vitrinas de los museos, a los almácigos de los jardines botánicos y a las jaulas o instalaciones de los zoológicos) a la par que ellos suelen independizarse de nuestras voluntades e imponérsenos, en términos foucaultianos, con la autonomía

de lo dado, hasta convertirse en los fetiches a los cuales la autora considera justamente residuos indeseables, pertinaces y distorsionantes de la cultura, producto de las ideas rectoras que parecen persistir en la organización de la mayoría de los museos. Por supuesto que nuestra autora recuerda, en este punto, el concepto de las "catedrales laicas" del siglo XIX, estudiado por Susan Sheets en su libro de 1900, pero acuñado por Sedlmayr en su *Verlust der Mitte* en los años cincuenta.

2. Dujovne realiza una breve historia de los museos argentinos a la luz de aquella definición de la institución museo. El relato culmina en un análisis revelador y descarnado de la exposición permanente de las colecciones en el Museo Histórico Nacional (ya aparecido en *La Ciudad Futura,* No. 11, junio de 1988).

3. El texto presenta la ecuación, o mejor dicho inferencia, fundamental sobre la cual debería de asentarse una política de museos. La difusión del patrimonio genera y fomenta un ejercicio de apropiación y de reelaboración culturales, experimentado como un derecho político y social del ciudadano. Esa praxis es la única base que puede asegurar el éxito de los proyectos de conservación del patrimonio. Al cumplirse cada uno de los pasos de esta inferencia, se cumplen las misiones más altas de los museos: conservación, investigación, transmisión y apropiación transformadora de la cultura.

4. La autora considera imprescindible analizar las barreras y los mecanismos inconscientes de exclusión que operan en los modos de organización y en las formas que adopta el museo, siguiendo el ejemplo de Pierre Bourdieu. Esa operación intelectual conduce a la "desmitificación" o "desacralización" del museo, conceptos sobre los cuales nos será necesario volver enseguida a la hora de polemizar con el libro de Marta Dujovne. Pero, claro, los ejemplos y contraejemplos que ella proporciona nos iluminan mejor acerca del significado práctico de ambas categorías que terminamos por compartir. Son finalmente dos casos los que nos convencen acerca de la autenticidad de una desmitificación bien acometida: el primero, el que atañe a la planificación de los museos para los discapacitados; el segundo, un ejemplo del modo de rehuir el engolamiento de la ciencia y del arte mediante la sencillez deslumbrante de un tema como el de las burbujas.

5. Cualquier diseño para una política de museos ha de partir de una pregunta básica acerca del montaje y del significado de las exposiciones: ¿cómo transmitir procesos? Tan sólo ensayando respuestas a este interrogante será posible superar la asfixiante estaticidad de las muestras y otorgarles el dinamismo propio de los objetos, de sus formas de producción o de realización y de sus relaciones.

6. Por último, entender y generar una pluralidad de significados, una polisemia efectiva para el montaje de una exposición, tal es el desiderátum final de la museología. En este sentido, no cabe ninguna ingenuidad a la hora de definir los sentidos de la muestra, que nunca podrán ser neutrales. Hay al menos una mirada de la época actual sobre los objetos del pasado que se hará siempre presente. Es de rigor integrar esta admisión sincera con aquel objetivo de la polisemia que permite el juego de las apropiaciones libres e inéditas del patrimonio.

Para finalizar, dos críticas menores y alguna pregunta para la discusión, a) Lamentamos el olvido de la obra sistemática e ingeniosa de Daniel Schavelzon sobre las desventuras del patrimonio cultural argentino en la bibliografía de nuestro libro, b) Marta Dujovne rechaza de plano toda idea de un "deber ser" de la visita, la "noción moral" que suele encontrarse por detrás de la actividad del público en el museo. Es posible que en los primeros estadios de vivencia y de apropiación del museo (los propios del niño y del primer adolescente) no sea ni deseable ni recomendable que un sentido de obligación o de imperativo aparezca durante las visitas, pero parecería bueno no obstante que, sin perder una actitud lúdica frente a los objetos y a su misma historia, una ética de la cultura reaparezca con fuerza en nuestros contactos adultos con el museo y sus colecciones. Están allí las huellas de nuestro paso por la tierra, de una lucha colectiva y tenaz contra la caducidad, contra la desdicha y la injusticia. Tal vez debiera de existir una "obligación moral" en el contacto asiduo del ciudadano con los museos, y el ejemplo más acabado de ello es la atroz pero necesarísima experiencia del Museo del Holocausto en Washington. A quien lo haya visitado, Bosnia, Chechenia, Chiapas y, sin llegar a esos extremos de destrucción, el desprecio cotidiano de tantas personas que ocurre hoy en cualquier lugar, a pocos metros de donde vivimos, no le parecerán meras noticias del diario. Junto al goce por el museo, hay una seriedad suya que entendemos ha de ser respetada, sobre todo porque paradójicamente ella hace posible que lleguemos a la crítica más radical del museo que nos sea dable imaginar y que, por lo general, despunta con sinceridad y seriedad insuperadas en las bocas de los niños. En un informe de la actividad del Museo Etnográfico, se ha llamado la atención sobre aquella crítica última del coleccionismo moderno al registrarse las reacciones de un chico frente a la explicación que se le ha dado sobre un rehue mapuche. El niño, de 6 años, pregunta: "Si era tan sagrado, ¿por qué lo tienen Uds. aquí?" El caso nos recuerda la pregunta que una niña sueca realizó a un chimpancé en el zoológico de Estocolmo: "¿Acaso no estabas mucho mejor en el sitio de donde viniste?"

Como quiera que sea, los dilemas que el trabajo de Marta Dujovne suscita forman el límite extremo de nuestra inteligibilidad de las cosas respecto de los museos y de las colecciones. Al menos para nosotros y quizás para la mayoría de los lectores de este libro, permanece el desafío planteado por García Canclini en el bello prólogo de *Entre musas y musarañas:* "el interés último es lograr que sean ampliamente legibles la historia, los descubrimientos y las invenciones, cómo pueden los museos hacer más disfrutables los trabajos y los días".

José Emilio Burucúa